



La independencia de Guatemala no representa un sueño de libertad, ni la materialización de las ideas de la Ilustración, como sí ocurrió en América del Sur. Por el contrario, la emancipación fue una reacción al liberalismo español, al temor por el laicismo y al deseo de mantener la subordinación a un monarca absoluto. En pocas palabras, era preciso cambiar, para que todo siguiera igual. El conservadurismo a ultranza, la reticencia de las élites al cambio político o —siquiera— a una mínima agenda de reforma institucional, la relación simbiótica entre política y religión (con formas distintas, pero con idéntico fondo) y el rechazo a las ideas e instituciones del liberalismo persisten dos siglos después.

Doscientos años después, uno de los denominadores en común de la historia guatemalteca ha sido precisamente “cambiar para que todo siga igual”. Los episodios de la Revolución Liberal de 1871, la caída de Estrada Cabrera en 1920, la Primavera Democrática 1944-1954, el 23 de Marzo de 1982, la transición democrática de 1986, los Acuerdos de Paz de 1996, o recientemente, el periodo 2015-2017 no han significado más que breves momentos de cambio, para que tarde o temprano, todo volviera a ser igual.

## No hay mucho que celebrar<sup>6</sup>

---

Rodrigo Pérez Nieves

Revista digital *Gazeta*

En el «Acta de Independencia» de Guatemala, aparece escrita la intención última de la élite criolla que en 1821 se resistía a pagar tributos a la metrópoli: «Declarar la Independencia de Guatemala antes que los pueblos se declaren independientes». Así como lo lee.

---

6. Publicado el 09 de septiembre de 2021. Tomado de <https://gazeta.gt/no-hay-mucho-que-celebrar/>



Hubo representantes del poder político, de la Iglesia y de otros sectores de la élite del momento. El pueblo había hecho acto de presencia, pero en las calles, en la plaza, en el patio, en los corredores y en la antesala del Palacio para repetir el grito de «viva la independencia». La población indígena estaba ausente, ocupada en satisfacer las exigencias de los colonizadores, sin tiempo para ocuparse de construir un lugar propio en las decisiones públicas.

En la mayoría de pueblos en Guatemala, indígenas y campesinos organizados en resistencia frente a los abusos de las empresas y del Estado, se observan vallas visibles con el mensaje de: «200 años de robo, saqueo y asesinatos». Como se lee en las noticias de los medios: Dos siglos después de la «independencia» en Guatemala, se constata que unos pocos vuelan y la gran mayoría se arrastra por el suelo. Sí, así como lee (sic).

¡Jamás hubo intención de emancipar a los pueblos de Guatemala, tampoco de construir un Estado real! Los criollos crearon el Estado de Guatemala únicamente para «evitar pagar impuestos, utilizar el Estado aparente para acrecentar su capital, y exprimir a los pueblos indígenas y campesinos mediante tributos y trabajo forzado republicano».

En estos tiempos de confusión política, buscamos un héroe; es lo que hemos hecho desde 1821. Y los héroes nos han costado mucho. Nos han salido muy caros en hombres y recursos. Árbenz, Arévalo y algunos más que los han convertido en héroes míticos. La estabilidad política no hay que fundarla ni en héroes ni en un aparato brutal de represión que siembre el terror entre los ciudadanos; hay que fundarla en libre juego de las ideas, en elecciones limpias, universales y secretas, en organizaciones democráticas que se alternen en el poder. Esos deberían ser los fines que guíen la acción del gobierno.

La propuesta de los pueblos que avanza desde el área rural hacia los bolsones urbanos, es un desafío para toda la población de Guatemala. Se pudo sobrevivir a tres siglos de saqueo, se pudo aguantar dos siglos más de colonialismo interno criollo, pero no hay vida capaz de sobrevivir eternamente al despojo y anulación.